

JUAN DE DIOS RUIZ COPETE: CUATRO DÉCADAS ACADÉMICAS LLENAS DE COHERENCIA¹

POR ISMAEL YEBRA SOTILLO

Miro mis libros de Juan de Dios Ruiz Copete y caigo en la cuenta de que nos conocemos desde hace ya catorce años. Aunque eso no es del todo cierto. Yo le conocí hace más de cuarenta años cuando leí sus obras *Poetas de Sevilla* (1971) y *Conversaciones con Manuel Halcón* (1973). Y digo le conocía, porque no hay mejor manera de conocer a alguien que leyendo sus obras. Sobre todo cuando se trata de una persona de la dignidad y la coherencia de la que nos ocupa.

Yo era por entonces, y creo que lo sigo siendo, un lector disperso y variopinto. Lo mismo leo *El Danubio* de Claudio Magris, que una novela de José María Vaz de Soto o algún poemario de Aquilino Duque, Jacobo Cortines o Juan Lami-llar. Todo, menos intentarlo por tercera vez con el *Ulises*. Me conformo con cumplir con mi cuota joyciana relejendo, como hago actualmente por cuarta o quinta vez, *Dublineses*. Si algo de buen lector tengo es que ignoro la literatura de consumo que poco a poco se ha ido imponiendo hasta eclipsar a los buenos novelistas que se batían en retirada ante la increíble avalancha

1. Intervención en la Junta del día 22 de mayo que aprobó el nombramiento de Juan de Dios Ruiz Copete como Académico Preeminente.

de seudohistorias de cátaros, templarios, herejes y diversos monstruos medievales.

El libro *Conversaciones con Manuel Halcón*, fue un hito en mi vida lectora. El género de conversaciones estaba en boga y a mí, personalmente, me atraía y me sigue atrayendo. Leí *Mis almuerzos con gente importante* de Pemán, *Conversaciones en Itzea*, con Julio Caro Baroja, *Conversaciones con Miguel Delibes* y, como parte del género, compré en la librería Pascual Lázaro de la calle Francos las *Conversaciones con Manuel Halcón*. Ahí empecé a conocer a Juan de Dios, y ello me ayudó a descubrir la obra de Manuel Halcón.

Aquellos años finales de los sesenta e inicios de los setenta, estaba en boga la denominada “Nueva narrativa andaluza”. También se usaba de vez en cuando la horrible palabra “narraluces” para designar a los novelistas de nuestra región que parecían haber surgido como las margaritas en primavera. La idea, más comercial que real, era aprovechar el tirón del denominado realismo mágico de la narrativa hispanoamericana y buscar el éxito editorial.

Fuese comercial o no, lo cierto es que las publicaciones de autores andaluces se sucedieron en aquellos años y las Ferias del Libro, que recuerdo en la Plaza Nueva, estaban llenas de actividades y firmas literarias. Para mí, un estudiante de Medicina que disponía de poco dinero para comprar libros que no fueran de la carrera, supuso un gran impacto el acercamiento que propiciaba el certamen a autores como Manuel Ferrand, Manuel Salado, José María Vaz de Soto, Antonio Burgos, José María Requena, Aquilino Duque, Ortiz de Lanzagorta y otros.

Años más tarde compré una obra de Juan de Dios que me puso en orden todo este batiburrillo editorial: *Introducción y proceso a la Nueva Narrativa Andaluza*, obra editada en 1976 por el Servicio de Publicaciones de la Diputación de Sevilla.

Así que estoy en condiciones de decir y digo, como diría don Adolfo Suárez, que conozco a Juan de Dios desde 1971. Pero nuestro encuentro, digamos en persona, tendría lugar treinta años más tarde. Era allá por el 2001 –¡Dios mío, catorce años ya!– cuando una mañana apareció por mi consulta de Marqués de Paradas acompañado de su mujer. Dudaba si decirle o

no que le conocía y que seguía su obra; pero al final, rompiendo las ataduras del absurdo pudor que tanto me han perjudicado a lo largo de mi vida, sobre todo cuando no ha lugar para él, le dije una vez terminada la consulta médica: “Le doy las gracias por sus obras sobre Halcón y la narrativa andaluza. Me han hecho saber discernir entre la novela de consumo y la auténtica novela de calidad literaria. Creo que le debo a usted el ser algo mejor como lector”.

La siguiente vez que acudió a mi consulta me obsequió con un ejemplar de su recién salida obra *Narradores andaluces de posguerra*, editada por la Universidad de Sevilla en el 2001. Y así, cada vez que venía a mi consulta hablábamos de libros y literatura. Le citaba a última hora, como habíamos convenido, para así poder charlar tranquilamente sin hacer esperar a ningún paciente.

Y así, paso a paso, lentamente, sin prisas pero con fundamento, se fue fraguando nuestra amistad no exenta por mi parte de la admiración y la veneración que su obra me generaba. Comenzamos después a quedar fuera de la consulta a cenar con nuestras mujeres, a tomar café con Paco Mena Cantero, con Antonio Luis Baena, con Juan Lamillar. No tengo reparos en decirlo: con el trato más cercano y frecuente, Juan de Dios ha llegado a ser como un hermano mayor –no quiero decir padre para no hacerle más mayor de lo que es– una persona en la que he encontrado un modelo a seguir, una forma ética y estética de ver la vida y una forma coherente de vivirla. Todo lo que no pude ver en mi padre, que murió cuando yo acababa de cumplir trece años, lo he visto en él.

Desde sus inicios en el mítico grupo literario ligado a la revista *Alcaraván* en Arcos de la Frontera, su primera obra publicada data de 1970 y consta de siete relatos recopilados bajo el título *La vida y otros cuentos*. Un año después, en 1971, aparece su obra *Poetas de Sevilla. De la generación del “27” a los “taifas” del cincuenta y tantos*. Éste su primer libro de crítica literaria decanta de forma clara el camino que decide seguir para llevar adelante su obra literaria. Y digo literaria en lugar de crítica, porque como dice al principio del libro, recogiendo una frase extraída de un editorial de la revista venezolana *Imagen*, “la

crítica es una forma de creación literaria, acaso la más exigente, válida y meridiana de hacer una literatura”.

Y efectivamente así ha sido. La obra de Juan de Dios es una obra crítica y sobre todo literaria. Seguirían después las *Conversaciones con Manuel Halcón*, *La nueva poesía gaditana* y dos obras fundamentales para acercarse al boom editorial de aquellos años: *Introducción y proceso a la Nueva Narrativa Andaluza*, editado en 1976 por el Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla y *Andalucía: carácter y sentido de una tradición literaria*, editada un año después por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

A estas obras siguieron estudios de poetas andaluces entre los que destaca su obra sobre Julio Mariscal, así como la recopilación de su obra poética y sus dos obras nuevamente sobre narrativa andaluza que tituló *Narradores andaluces de la posguerra* (2002) y *La otra generación del 27* (2003), en la que hace un estudio de los prosistas, igualmente pertenecientes a esta mítica generación, pero que han quedado un poco a la sombra de los laureados poetas.

Es decir, que podemos afirmar que Juan de Dios ha hecho literatura haciendo crítica literaria. Y pongo el adjetivo literaria, porque lo creo necesario en los estudios de este tipo. De la misma forma que se dice que a los poetas políticos si se les quita el matiz de político, puede ser que igualmente pierdan el de poetas, si a la crítica literaria le quitamos lo de literaria, podemos quedarnos en pura anécdota.

No abundan hoy en día los críticos literarios que merezcan la pena de ser seguidos. Los culturales de los diarios y las revistas literarias que de ellos dependen, se circunscriben con demasiada frecuencia a autores pertenecientes a sus grupos empresariales, las denominadas cuadras literarias, y la reseña, obligatoriamente debe ser amable, so pena de no recibir más encargos por parte de la empresa.

En su última obra, *Fórmula sur. Casi una teoría y dos asedios críticos*, sigue pensando Juan de Dios que el denominado boom narrativo andaluz, aún cuando tuvo su gran componente de marketing comercial, “ello no es óbice para el reconocimiento de una evidente coincidencia cuantitativa que advenía avalada

por los hechos: más de cincuenta nombres válidos en el censo narrativo andaluz, un buen catálogo de novelas estimables y una prevalencia argumental sobre los problemas de esta tierra, así como una preocupación por la calidad del lenguaje”.

Veinticinco años más tarde, Juan de Dios vuelve al tema, con el horizonte que da la distancia y con el equilibrio que permite la madurez personal y literaria. Algunos autores han fallecido y otros, como Manuel Salado o Antonio Burgos, han desaparecido del mundo de la novela. Otros como Aquilino Duque y Vaz de Soto, siguen en la senda literaria, por cierto, plena de calidad y reconocimiento.

Dejo para otro momento mi texto sobre la última obra de Juan de Dios, mejor dicho la última publicada, porque su vitalidad y su salud mental espero nos sigan obsequiando con futuras publicaciones que esperamos con fruición.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras captó pronto los méritos y el perfil académico de Ruiz Copete. Puede decirse que actuó con un cierto aire visionario. Concedora de su previa trayectoria poética valoró inmediatamente su calidad literaria y fue elegido académico numerario, apenas cuatro años después de la publicación de su primera obra crítica, ocupando la plaza que había quedado vacante tras el fallecimiento de D. Santiago Montoto. Tomó posesión en mayo de 1975 con el discurso titulado *Andalucía y la nueva novela*, que fue contestado por D. Carlos García Fernández.

A lo largo de sus años académicos ha ocupado los cargos de secretario segundo, secretario primero y bibliotecario, siendo importante su labor, junto a D. Francisco Morales Padrón, en el traslado de la biblioteca de la Academia a su nueva sede de los Pinelo. Pronunció los discursos de inauguración de los cursos académicos 1977–78 y 1993–94 titulados *Julio Mariscal o la voz de su tierra* y *Andalucía, persistencia histórica de un carácter*, respectivamente. En 1996 hizo la presentación de D. Francisco Aguilar Piñal como Académico de Honor y en el 2003 el discurso de contestación al ingreso de D. José María Vaz de Soto.

Asiduo asistentes a las sesiones quincenales de esta Real Academia, su voz siempre se ha dejado sentir en ellas con equi-

librio y sabiduría, gozando de la valoración y la estima personal del resto de los académicos. Todo ello ha traído consigo la unanimidad en su nombramiento como Académico Preeminente.

Cuarenta años de vida académica no son cualquier cosa. Esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras ve más que logrados sus objetivos y justificados los postulados que en su día establecieron sus fundadores, en la figura de Juan de Dios Ruiz Copete. Permítanme que, como médico, para terminar cite una frase debida a un gran poeta, Schiller, igualmente médico de profesión: “Que tu sabiduría sea la sabiduría de las canas, pero que tu corazón sea el corazón de la infancia candorosa”.

La edad le ha aportado sabiduría a Juan de Dios, más bien le ha aumentado la sabiduría, pero el candor de corazón, como el Padre Brown de Chesterton, nunca lo ha perdido. Sigue siendo un dechado de bonhomía y un hombre bueno. A las personas así, mi padre, les llamaba “hombres de orden”. Es un término ya en desuso, pero qué bellas palabras para definir a una persona: hombre de orden.

Fray Luis de León, decía que “faltan palabras a la lengua para los sentimientos del alma”. No seré yo quien enmiende la frase del fraile agustino. Baste decir que nuestra academia se siente feliz de contar entre sus miembros preeminentes con un hombre de orden, con un hombre bueno que, sin dejar de serlo, ha llegado a ser un hombre sabio.

En este año de fastos cervantinos dejaré que sea Don Miguel quien diga las últimas palabras: “La verdad adelgaza, pero no quiebra. La verdad anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua”.